

¿DÓNDE ESTÁ?

Kiara no entendía nada. Todo parecía cambiar de un día para otro. Ella ni siquiera sabía que podían sucederse tantos cambios. Simplemente ocurrieron.

Una mañana se despertó con los fuertes tosidos de Carmen. Kiara solía dormir en la cama con ella, a sus pies, y no tardó en erguir súbitamente las orejas. Se acercó hasta Carmen, le dirigió una mirada preocupada y lamió su mejilla. Ella seguía tosiendo, con la cara muy roja. Tenía el brazo extendido e intentaba pulsar el botón de emergencia al que ya había recurrido en varias ocasiones durante las últimas semanas. Pero no conseguía atinar.

Kiara acercó entonces la cabeza y presionó con el hocico el botón rojo.

No tardaron en llegar aquellas personas vestidas de blanco. Se acercaban a la puerta de Carmen con un sonido muy estridente y una luz azul que resplandecía mucho. Kiara los veía llegar asomada a la ventana del dormitorio y empezaba a ladrar. Carmen, que parecía haberse repuesto, solía decir con una amplia sonrisa:

—No te preocupes, cariño, ya sé que han llegado.

La ternura en las palabras de Carmen solía calmar la agitación de la perra. No obstante, aquella última mañana no articuló palabra alguna. No dejaba de toser. Kiara recorría la habitación de un punto a otro, inquieta.

Siempre movía la cola con nerviosismo cuando veía a aquellos salvadores de blanco entrar por la puerta. Llevaban una cama portátil en la que acostaban con sumo cuidado a Carmen. Kiara se mantenía al margen, husmeando con el hocico el olor de aquellos forasteros, cada vez más conocidos. Nunca ladraba. Menos ese día. Ese día no pudo parar. Ladraba una y otra vez, observando a Carmen con aquella especie de comedero de plástico sobre la cara que conseguía llenar de aire el pecho de la mujer de noventa años.

Aquella terrible mañana Kiara no vio cómo se le llenaban los pulmones. Tan solo contempló, impotente, la mano temblorosa de Carmen. Parecía buscar algo. Hacía el amago de una caricia. Una última caricia.

Los enfermeros se llevaron rápidamente a la pobre mujer y no dejaron que Kiara fuera tras ellos. Siempre se había mantenido quieta, pero aquel día necesitaba

acompañarlos. Acompañar a Carmen. La perra tan solo atisbó la lágrima que resbalaba por la mejilla de su única compañía antes de que cerraran la puerta.

Esa fue la última vez que Kiara vio a su mejor amiga.

Al día siguiente, llegaron a la casa otras personas. No iban vestidas de blanco, sino de negro. Kiara las había visto por allí, pero muy de vez en cuando, mucho menos que los salvadores. No recordaba la última vez que habían entrado en la casa. La perra podía recordar sus rostros aun así porque los veía en los cuadros repartidos por el salón. En los mismos cuadros que Carmen a veces contemplaba ensimismada, con un ligero temblor en la barbilla y un pañuelo de tela frotando sus ojos.

Esas caras conocidas de extraños la miraron. Una de ellas frunció el ceño.

—¿Qué vamos a hacer con ella?

—Alguno se la tendrá que quedar, digo yo.

—Ya sabéis que yo no puedo, en casa ya tenemos perro.

—Nosotros vivimos en un piso. Imposible.

—Yo sigo de alquiler y tampoco puedo.

—Vosotros tenéis jardín, ¿por qué no os la quedáis?

—A Juan no le gustan mucho los animales.

—Y que, con vuestro trabajo, apenas pasaríais tiempo con ella.

—Exacto. Y que me da cosa tener a la perra de mamá por allí.

Kiara no entendía nada. ¿Dónde estaba Carmen? ¿Por qué no había llegado agarrada a un andador junto a un enfermero?

La cara que había frunció el ceño suspiró.

—Bueno, pues algo tendremos que hacer con la perra.

Esas personas rellenaron el comedero y el bebedero de Kiara y se marcharon. Ella quedó en el más absoluto silencio. Comenzó a ladrar. ¿Dónde estaba Carmen? Era inútil.

Así comenzó la tristeza que arrastró Kiara varios días. Solo contaba con la momentánea compañía diaria de una de esas caras, diferente cada mañana, que le dejaba comida y le daba un breve paseo mientras mantenía la mirada pegada a la pantalla del teléfono móvil. Kiara la miraba en busca de respuestas, en busca de una caricia. Pero, nada más entrar por la puerta de la casa, más grande que nunca, aquel rostro se marchaba.

Y, finalmente, Kiara conoció su nuevo destino. Dentro de una casa, mucho más diminuta y con muchos menos lujos, hecha de barrotes y con toda una variedad de vecinos de todas las edades y colores. Todos tenían las mismas comodidades, tanto los que estaban encima de Kiara, como los de debajo, como los de su lado y como los de enfrente.

Kiara volvía a estar acompañada, pero se sentía cada vez más sola. Seguía sin comprenderlo. ¿Dónde estaba Carmen?

La perra dejó de comer poco a poco hasta tan solo beber agua en contadas veces al día. Las suficientes. Kiara simplemente se mantenía acostada de lado, con la mirada perdida, esperando que Carmen entrara a rescatarla, tal y como hacían los hombres de blanco con ella. Tal y como habían hecho con ella.

Así fue cómo Kiara comenzó a comprender. Entendió que Carmen ya no volvería. Que su vida había cambiado. Que no había nada que pudiera hacer. Añoró cada segundo junto a su «mamá». De esa forma se llamaba Carmen a sí misma cuando le daba de comer, la bañaba y la acunaba, tirada en el sofá. La pena se apoderó de Kiara.

Pero no por mucho tiempo. Pronto se reunió con su mamá.